

que uno en francés de las *Cien baladas*, el original de la *Sátira del contempto del mundo* del mismo Príncipe con su glosa, y el *Cancionero* que le había regalado el Marqués de Santillana. Desgraciadamente, el notario que hizo el catálogo anduvo tan cuidadoso en describir las encuadernaciones de los libros, como negligente en indicar sus títulos, y hay algunos de ellos de que no da más señas que las primeras y las últimas palabras.

La noble personalidad de este Príncipe tan culto y humano obscurece bastante á los demás poetas portugueses del *Cancionero* de Resende que compusieron algunos versos castellanos. Por otra parte, ninguna de sus obras tiene la importancia del poema del *Menosprecio del mundo* ó de la *Sátira de felice é infelice vida*, por lo cual procederemos mucho más rápidamente en su enumeración y estudio. Prescindiré de algunas poesías que también el *Cancionero* contiene, escritas por trovadores castellanos, tales como Juan Rodríguez de la Cámara y Juan de Mena, que quizá no han sido recogidas en sus obras, pero que de todos modos valen muy poco, y sólo sirven para comprobar la íntima fraternidad literaria entre los poetas de ambos reinos. Vemos, por ejemplo, que Mena y Rodríguez del Padrón terciaron en la interminable contienda sobre el *cuydar* y el *suspirar*, promovida entre Jorge de Silveira y Nuño Pereyra, servidores uno y otro de la señora Doña Leonor de Silva. En este torneo poético tomaron parte casi todos los ingenios del *Cancionero*, y sus insípidas sutilezas sobre este problema de Casuística amorosa llenan totalmente los 15 primeros folios del *Cancionero*.

Abre la serie de los poetas bilingües coleccionados por Resende, D. Juan de Meneses, caballero de noble

prosapia, mayordomo mayor de los Reyes D. Juan II y D. Manuel, primer conde de Tarouca, séptimo gobernador y capitán general de Tánger, donde se señaló bizarramente por sus empresas contra los moros fronterizos. Costa é Silva (1) le concede grandes ventajas, como poeta, sobre sus contemporáneos, por lo bien torneado de los versos, la agudeza de los pensamientos, la belleza de las rimas y la gracia de la expresión. Tengo por muy exagerados tales elogios, y ni en castellano ni en portugués hallo que saliese de la rutina cortesana que en su tiempo pasaba por poesía. Los motes que glosó para varias damas de palacio (Doña Felipa de Villena, Doña Juana de Sousa, Doña Leonor Mascarenhas, Doña Guiomar de Castro, Doña María de Mello, etc.) son un nuevo dato que confirma el predominio creciente de la influencia castellana entre las clases aristocráticas de Portugal, puesto que los motes están en nuestra lengua y las glosas también. En ciertas coplas de D. Juan de Meneses se halla un verso que luego adquirió gran celebridad por haberle glosado á lo divino Santa Teresa de Jesús:

Porque es tormento tan fiero
La vida de mí, cativo,
Que no vivo porque vivo,
Y muero porque no muero.

Por la rúbrica de una de sus canciones consta que D. Juan de Meneses estuvo en Castilla, donde trabó amistad con el Conde de Fuensalida.

(1) *Ensaio biographico-critico sobre os melhores poetas portuguezes por José Maria da Costa é Silva*. (Lisboa, 1850.) T. I, página 194.

Poeta mucho más importante, sobre todo por la luz que dan sus versos sobre algunos sucesos y costumbres de su tiempo, es Fernán de Silveira, más conocido por su título palatino de *Coudell-Moor*, que sirve además para distinguirlo de otros poetas de su familia, pues son nada menos que trece los que llevan este apellido en el Cancionero de Resende. Pero la mayor y mejor parte de las composiciones de este feliz ingenio, que fué además íntegro magistrado y mereció de la severidad de D. Juan II el honroso apodo de *el Bueno*, están en su nativa lengua portuguesa, descollando por su valor histórico las coplas que dirigió á su sobrino García de Mello dándole reglas para el trato de palacio: especie de manual de cortesía en el estilo del *ensenhamen* provenzal de Amaneo des Escas ó del *Doctrinal de gentileza* que entre nosotros compuso el Comendador Ludeña. En castellano apenas tiene más que una glosa sobre este mote ajeno: «*mis querellas he vencido.*»

Curiosas por su extravagancia son las pocas composiciones castellanas de Álvaro de Brito Pestana, que en la sátira portuguesa aventajó á todos los poetas del *Cancioneiro*, como lo prueban las notabilísimas coplas al regidor Luis Fogaça sobre los *malos aires* de Lisboa y el modo de sanearla. Su nombre va tristemente unido á la celada de Alfarrobeira, en que dió la señal del combate como capitán de los arcabuceros del Rey. Disfrutó desde entonces de gran favor en Palacio, y fué uno de los caballeros que en 1451 acompañaron á la Infanta Doña Leonor, hermana de Alfonso V, cuando fué á casarse con Federico III, Emperador de Alemania. Pero su estrella declinó en tiempo de D. Juan II,

que siempre miró con malos ojos á cuantos habían tomado parte en la ruina del Infante su abuelo. Entonces buscó, según parece, la protección de los Reyes Católicos, en loor de los cuales compuso unas disparatadas coplas que se pueden leer de sesenta y cuatro maneras, con la gracia especial de que todas las palabras de cada estrofa empiezan con la misma letra: artificio métrico sumamente ingrato al oído, como puede juzgarse por esta muestra:

Esclareces, ensalzada,
En Europa elegida,
Esperante, esperada,
Estrella esclarecida.
Esplendor espiritual,
Electa, expectativa,
Especta, executiva,
Extrema, esencial.

Alarde de mal gusto, sólo comparable con el del humanista que llamándose Publio Porcio compuso el poema latino *Pugna porcorum*, en que todas las palabras empiezan con *P*, semejando toda la obra un perpetuo gruñido.

Aunque tan apasionado de nuestra gran Reina; cuando el Ropero Antón de Montoro salió con aquellas coplas de sacrilega adulación:

Alta Reina soberana,
Si fuéssedes antes vos
Que la hija de Santa Ana,
De vos el fijo de Dios
Recibiera carne humana;

Alvaro de Brito lanzó contra él una formidable sátira, en que le denuncia como hereje y judaizante, y

le amenaza con el fuego del Santo Oficio, que ya le hubiera abrasado (dice) si hubiese osado escribir tales cosas en Portugal. No sabemos si fué sólo el celo religioso el que dictó esta invectiva, ó si tuvo más parte en ella el humor cáustico y maldiciente del autor, cuya genialidad literaria era muy parecida á la del Conde de Villamediana, reduciéndose la mayor parte de sus versos á injurias y dicerios personales, que no dicen mucho en pro de los buenos sentimientos de su autor.

Más simpático es otro poeta del mismo apellido, Duarte de Brito, en quien la nota elegíaca predomina, siendo además uno de los rarísimos poetas del *Cancioneiro* que cultivan la visión dantesca, aunque su imitación es de segunda mano, pues más bien que en la *Divina Comedia* se inspira en sus imitadores castellanos. Su principal composición portuguesa es un Infierno de los Enamorados, en que sigue las huellas de Juan Rodríguez del Padrón y del Marqués de Santillana, imitados á su vez en Castilla por Guevara y Garci Sánchez de Badajoz, contemporáneos de Duarte Brito. Teófilo Braga (1) le califica de poeta platónico, casuista, sentimental, melancólico y amante de personificaciones y alegorías. Hay en este poemita amenas descripciones y versos muy agradables: el diálogo del ruiseñor con el poeta parece un eco lejano de la musa provenzal:

Dois tristes afortunados,
Debaixo das verdes ramas,
Estando muito penados,
De prazer desesperados,

(1) En el ya citado libro de los *Poetas palacianos*, pág. 386.

Falando em nossas damas,
Ouvimos cantar uma ave,
Qu' em seu canto parecia
Roussinol,
Manso, doce, mui soave,
Per mui alta melodia,
Per bemol.

La lengua en éste y en otros poetas del *Cancioneiro* está tan penetrada de castellanismos, que muchas veces duda uno si lee portugués ó castellano. Pero, además, tiene una docena de poesías enteramente castellanas, todas ellas eróticas: bien versificadas aunque poco correctas en la dicción, y de tono muy apasionado:

¡Oh, vida de mis dolces,
Oh dolor de mis cuidados,
Cuidados de mis amores,
De tormentos matadores
Y males desesperados!
¡Oh cuánto mejor me fuera
No ver vuestra fermosura!
Ni por vos no me perdiera,
Ni pesar no me metiera
En poder de tal tristura.
¡Oh vida tan dolorida,
De vida muerte tornada,
Oh muerte tanto querida,
De esperanza convertida
En vida desesperada!
¡Oh muerte, cómo no vienes
Á dar cabo á vida tal!
Que la vida en que me tienes
Es la muerte de mis bienes,
Vida de todo mi mal...
Con tantos males guerreo,
Señora, por te servir,
Que la muerte del vevir

Es la vida del deseo.

.....
De ti siempre fui ferido
Con tormento,
Mas nunca del mal que siento
Socorrido.

Mi daño sin compasión,
Con dolor nunca se mengua:
No sabe decir mi lengua
Lo que siente el corazón...
¡Oh fuente de crueldad,
De lloros y sentimientos,
Robo de mi libertad,
Y soledad
De mis tristes pensamientos!
¡Fuego mortal encendido,
Que en mí todo te derramas,
Y penetras con gemido!...

En una de estas poesías encontramos también el famoso verso de la glosa de Santa Teresa :

Y con tanto mal crecido
Como son vuestras cruizas,
Que por vos triste cativo,
Ya no vivo porque vivo
Y muero porque no muero.

Se trata evidentemente de un lugar común de la poesía trovadoresca del siglo xv, y no creo que ni don Juan de Meneses ni Duarte Brito le inventasen.

Todas estas amorosas quejas iban dirigidas á una doncella de Santarem, llamada Doña Elena, en obsequio de la cual compuso el poeta los versos portugueses de más sentimiento que hay en este Cancionero : bastante análogos á otros del trovador castellano Guevara:

¡Oh campos de Santarem,
Lembranças tristes de mym...

Después del Condestable de Portugal, el más notable de los ingenios cuyos versos castellanos nos da á conocer Resende, es D. Juan Manuel, cuyas trovas, por un error inexplicable, y que arguye la más profunda ignorancia de nuestra historia poética, han sido citadas alguna vez como del infante castellano del siglo xiv. Tampoco debe confundirsele con otro caballero contemporáneo y homónimo suyo, que fué gran privado de Felipe el Hermoso. El D. Juan Manuel portugués era hijo natural del obispo de Guarda, y nieto del rey D. Duarte. Fué alcaide de Santarém, Camarero mayor de Palacio en tiempo del rey don Manuel, y vino de embajador á Castilla para negociar el matrimonio de aquel soberano con la Princesa Isabel, hija de los Reyes Católicos. Sus mejores poesías están en nuestra lengua, y hay entre ellas una de interés histórico, *á la muerte del Príncipe D. Alfonso,*

que cayó de un mal caballo,
corriendo en un arenal,

y en quien se frustraron las esperanzas de la próxima unión de los dos reinos, retardada una y otra vez por el hado adverso. Pierden mucho las estancias de arte mayor de D. Juan Manuel cotejadas con el romance verdaderamente inspirado que esta catástrofe dictó á Fr. Ambrosio Montesino, ó como quieren otros, á un incógnito poeta popular, pero aventaja sin duda á la de Alvaro de Brito al mismo asunto (1) y á la más tar-

(1) Hállase también en el *Cancionero* de Resende, y tiene forma métrica bastante parecida á la del romance:

Morto he o bem d' Espanha,
Nosso príncipe rreal.
Chora, chora Portugal.
Choremos perda tamanha...

dia de Jorge Ferreira de Vasconcellos (1). La imitación de Juan de Mena es patente, en fondo y forma, en las estancias del Comendador Mayor, y aun hay algún detalle evidentemente tomado del episodio de la muerte de Lorenzo Dáv alos, *aquel que con tanto recelo criaba su madre*:

¡Guay de la madre, que vió tan aina
El bien de su vida assí fenecer,
Á quien solorgía (2), saber, medicina,
Poder nin riquezas pudieron valer!

La sinceridad del sentimiento por la muerte de su señor, sin mezcla de adulación palaciega, inspira á veces felizmente al poeta, y le hace exclamar con apasionado acento:

¿Qué fué de la vuestra tan linda estatura,
Que tanto excedía las otras del mundo,
La frente serena del rostro jocundo?
¿Qué fué de la vuestra hermosa figura?
¿Adó fallaremos á la fermosura

(1) Hállase en su *Memorial das proezas dos Cavalleiros da Tavola Redonda*, especie de libro de caballerías, en que intercala varios romances. Es composición erudita y prosaica. Lleva por título *Romancê cantado á tres vozes, que se refere á morte do príncipe Don Alfonso, filho de El rei Don João II e seu unico successor*. T. Braga lo reprodujo en su *Floresta de varios romances*. (Porto, 1869.)

En la poesía popular de las Islas Azores quedan vestigios del romance de Montesino, que aunque intercalados hoy en canciones de otro asunto, prueban la honda impresión que en los contemporáneos debió de hacer aquella catástrofe:

Vosso marido he morto—caiu no areal.
Rebentou o fel no corpo—en duvida de escapar.

(2) Cirugía.

De los vuestros ojos tan mucho estremados?
Vayamos, seguidme, ¡oh desventurados!
Rompamos, rompamos, la su sepultura.

.....
Á ver si hallaremos las sus lindas manos
Por muchas mercedes de todos besadas.
¡Oh fiestas malditas, desaventuradas,
Que luego tan presto vos habéis tornado
En lloro el placer, en xerga el brocado,
Las danzas en otras muy desatinadas.

.....
¡Oh alta princesa, la más virtuosa
Que vieren ni vieron jamás los humanos,
Del vuestro marido sin fin deseosa,
Sin fin deseada de los Lusitanos!
Nefanda fortuna y casos mundanos
Por nuestros pecados han deliberado
De los vuestros brazos ser arrebatado,
Y puesto de donde le coman gusanos.

.....
¡Cuán próspero fuera quien fuera delante,
Por no ver la cumbre de tanta tristura,
Y participara de su sepultura
Quien fué de su cámara participante!

.....
Hay en esta composición una admirable sentencia, digna de ser más conocida de lo que es, porque puede decirse que cifra en dos palabras toda la psicología del amor:

Que el ánima nuestra allí suele estar
Más donde ama que no donde anima.

Compuso D. Juan Manuel muchos versos de amores, en que no sólo hay ingenio y sutileza, sino de vez en cuando lumbres y matices poéticos dignos de mejor escuela, y que compiten con lo más selecto de Guevara

y Garcí-Sánchez de Badajoz, príncipes de la musa
erótica en aquel fin de siglo:

La vuestra forma excelente,
Que mi memoria retiene,
Ante mis ojos se viene
Como si fuese presente:
Y con esto mi sentido
A mi triste entendimiento
Deja triste y afligido,
Tan cercano de tormento
Como apartado de olvido.

.....
Aquellos lugares todos
Do vos vi y ya no os veo,
Por cien mil vías y modos
Cada hora los rodeo...

.....
Las sierras por donde andamos
Ahora sin vos las ando;
Allí donde descansamos,
Allí muero suspirando.
Los verdes prados y ríos
Es forzado que acrecienten
Tanto los dolores míos,
Que no sé cómo se cuentan
Que no diga desvaríos.

No sé quién padecerá
En infierno más tormento,
Ni qué fuego quemará
Más que aqueste pensamiento.
¡Oh memoria de mi bien
Llorada noches y días!
¡Oh vos, señora, por quien
No creo que Jeremías
Más lloró Jerusalén!

La música que solía
Mis cuidados amansar,
Agora multiplicar

Los ha fecho en demasía.
Si digo alguna canción
Que dije naquellos días,
Son en tanta alteración,
Que no las lágrimas más
Sufren disimulación.

Imitador declarado de Juan de Mena en las composiciones de más grave argumento, le superó, á mi ver, en el poemita de *Los siete pecados mortales*, menos didáctico y menos árido que su modelo, y amenizado en lo posible con ingeniosas alegorías y elegantes descripciones.

No creo necesario hacer particular estudio de los versos del Conde de Vimioso, de Antonio Méndez de Portalegre, de un cierto Ferreira (no el clásico Doctor Antonio), que tuvo la honra de que Sá de Miranda glosase una cantiga suya, de Fernán Brandam, de Jorge Resende, del estribero mayor del Rey, Francisco Ómen, de Duarte de Resende y otros muchos; porque nada hay en ellos de particular y característico. Pero no sucede lo mismo con los de Luis Enriquez, hidalgo servidor de la casa de Braganza, el cual en castellano y en portugués tuvo aspiraciones épicas, y apartándose de los lugares comunes de la frivolidad cortesana, cantó con noble aliento la conquista de Azamor (1513), en estancias de Juan de Mena, y lloró en coplas de Jorge Manrique la desastrada muerte del príncipe D. Alfonso. Esta elegía, aunque muy incorrecta en el lenguaje, y afeada por falsas rimas (vicio frecuente en el *Cancioneiro*, por no haber atendido estos poetas como debían á la diferencia de pronunciación entre las dos lenguas que simultáneamente mane-

jaban), no carece de fuerza patética en algunos lugares, y se ve que el autor busca cierto efecto dramático, poniendo doloridos *plantos* en boca del Rey, de la Reina y de la Princesa; pero á pesar de todo este aparato y de las sentencias que oportunamente saca de Job y de los Profetas, resulta declamador y lánguido si se le compara con D. Juan Manuel, y sobre todo con la trágica concisión del romance castellano. Luis Enríquez parece haber vivido algún tiempo en Valencia, y en obsequio de una señora de aquel reino compuso un devoto poemita sobre la oración del huerto.

Las relaciones de los portugueses con la corona de Aragón tenían que ser menos íntimas y frecuentes que con Castilla, pero el *Cancionero de Resende* prueba que también las había, como lo indica el curioso pleito burlesco sostenido en Zaragoza entre varios trovadores de ambos reinos sobre ciertas calzas de chamelete que sacó por invención y gala Manuel de Noronha.

Muy rara vez emplean los poetas del *Cancioneiro* el verso de arte mayor. Como la mayor parte de sus composiciones pertenecen al género llamado *de sociedad*, y son más bien galanterías rimadas que obras seriamente poéticas, prefieren en ellas los metros cortos, que generalmente manejan con facilidad. Véanse estas endechas del Prior de Santa Cruz:

Lloran mis ojos
Y mi corazón
Con mucha razón.
Lloran mi pena,
Mi mal no fingido,
Mi dicha no buena,
Tan lexos d' olvido.
Murió mi sentido

De viva pasión
Con mucha razón...

Casi todas las secciones del *Cancionero* de Hernando del Castillo tienen representación en el de Resende, que es, por decirlo así, una duplicación, ó más bien un suplemento de aquél. Las letras de justadores (1), los *porques* rimados, y por supuesto los versos de burlas, que aquí generalmente no son más que insulsos: rara vez sucios ni deshonestos. El gracejo consiste principalmente en los apodos, para lo cual Enrique da Motta descubre un ingenio satírico muy análogo al de Antón de Montoro. Todas las poesías de esta clase están en portugués, y abundan en felices idiotismos populares; pero aun hay en ellas visible imitación castellana, siendo muchos los trovadores que repiten hasta la saciedad las quejas de Juan de Mena sobre el macho que compró de un Arcipreste, y el diálogo del Roperero con su caballo.

Cierran tan copioso centón las poesías del propio colector García de Resende, que fué en rigor el último y uno de los mejores poetas de esta escuela, puesto que sus trovas, en forma de monólogo, á la muerte de Doña Inés de Castro (2) deben contarse entre las raras piezas

(1) *A vynte et nove dias de Dezembro de mil e quatrocentos e noventa fez el rrey dom Joam em Evora humas justas rreaes no casamento do príncepe dom Affonso seu filho, com a princesa dona Isabel de Castela; et foy o dia daa mostra huuma quinta feyra, et aa sesta se começaram, e duraram tee o domingo seguynte; é el rrey com oytto mantedores manteve a tea em huma fortaleza de madeyra singularmente feyta, onde todos estauam de dya e de noyte, que tambem justavam; e as letras e cimeyras que se tiram sam estas (casi todas son castellanas).*

(2) *Trovas á morte de D. Ignez de Castro, que El Rei Don*

liricas de este tiempo que tienen algún valor positivo, aparte del mérito de haber tratado por primera vez este asunto tan patético y tan nacional, abriendo el camino á la clásica musa de Ferreira y de Camoens. Resende, cuya vida se prolongó más allá del primer tercio del siglo XVI, fué uno de los espíritus más cultos y más enciclopédicos de su tiempo; y aunque le faltaba la instrucción clásica, fundamento entonces de todo saber, la suplió en parte con su buen instinto y grandes facultades de asimilación. Fué, además de poeta, músico, dibujante, historiador, hombre político y discreto cortesano. Su extraordinaria obesidad, nacida acaso de sus gustos epicúreos, fué manantial inagotable de chistes para sus hermanos en Apolo, de cuyas burlas no se ofendió nunca; antes las reproduce con toda conciencia en la vasta antología que compiló de las producciones poéticas de su siglo. Formó parte de aquella célebre y magnífica embajada que llevó á Roma Tristán de Acuña en 1514, con las primicias del encantado Oriente; y de tal modo penetraron en su espíritu las maravillas del Renacimiento, la alegría de la vida, el espectáculo de Italia y el entusiasmo por la grandeza de su pueblo, que acertó á compendiarlo todo en algunos versos de su *Miscellanea*, los cuales en medio de su sencillo estilo tienen más poesía que todo su *Cancionero*:

E vimos em nossos dias
A letra de forma achada,
Com que a cada passada
Crescem tantas livrarías.

Afonso quarto de Portugal, matou em Coimbra, por o Principe D. Pedro seu filho a ter como mulher, e pelo bem que lhe queria não queria casar.

D' Allemanha he o louvor
Por d' ella ser o Author
D' aquella cousa tão dina!
Outros afirman da China
Ser o primeiro inventor.

Outro mundo novo vimos
Por nossa gente se achar,
E o nosso navegar
Tao grande que descobrimos
Cinco mil leguas por mar.
E vimos minas reaes
D' ouro e dos outros metaes
No Reyno se descobrir:
Más que nunca vi sahir
Engenhos de officiaes.

Vimos rir, vimos folgar,
Vimos cousas de prazer,
Vimos zombar e apodar,
Motejar, vimos trovar
Trovas que eran para ler.
Vimos homens estimados
Por manhas aventajados:
Vimos damas mui fermosas,
Mui discretas e manhosas,
E galantes afamados.

Musica vimos chegar
A mui alta perfeição,
Sarzedas, Fontes cantar,
Francisquinho assim junctar
Tanger, cantar sem razão!
Arriaga, que tanger!
O Cego, que grão saber
Nos orgãos! e o Vaena!
Badajoz! e outros que a penna
Deixa agora de escrever (1).

(1) Sobre estos y otros artistas de aquel siglo, véase el importante libro de Joaquin de Vasconcellos, *Os Musicos Portuguezes* (1870).